

asombro, miró fijamente la losa.

Primero, vibró.

Luego, con un ruido sordo y áspero, comenzó a moverse hacia un lado hasta que el brocal del pozo quedó abierto.

El niño se acercó y miró hacia el fondo.

Las piernas le temblaban cuando vio la Estrella reflejada en el agua.

Entonces, el Mago le dijo:

—Para cerrarlo debes pronunciar las mismas Palabras Mágicas y ordenar que se cierre. Esta vez lo harás tú. No olvides que debes pronunciarlas con firmeza.

Mateo venció sus temores y exclamó con voz firme:

—Elohim... Adonai... Sabaoth... ¡¡Ciérrate!!

Entonces vio que una columna de fuego bajaba hasta el fondo del pozo.

La losa de piedra cerró el brocal con el ruido sordo de dos enormes piedras que rozaran.

Y la Estrella desapareció del cielo.

El niño temblaba impresionado por el enor-



entiérrala. El destino se encargará de que, dentro de varios siglos, alguien lo encuentre y lo dé a conocer.

El viejo Simbad hizo un saludo de despedida con la mano y aquel gesto fue como una orden para el Pájaro Roj.

Con toda suavidad, remontó el vuelo y volvió a girar en círculos amplios en torno al oasis.

Mateo recordaría siempre el movimiento leve de la mano de Simbad que le enviaba su último adiós.

Luego, se alejaron a gran velocidad.

El Pájaro Roj desapareció tras los dientes de sierra de las dunas que cerraban el horizonte de Jaisalmer.

—Me alegro de no haber tenido que hacer esta selección —suspiró Mateo.

—El tiempo ha elegido por ti.

Muy poco después, en la mirada del niño solo quedaba el recuerdo de la imagen de un ave mágica que llevaba atada a su pata la alfombra donde reposaba el viejo Simbad.

